

¿Cómo escribir la historia de la arqueología en el Perú? Respuesta a las «Observaciones» de Peter Kaulicke acerca de «¿La mirada imperialista?»

STEFANIE GÄNGER

University of Cambridge

sg471@cam.ac.uk

INTRODUCCIÓN

Las «Observaciones» de Peter Kaulicke acerca de mi artículo sobre los arqueólogos alemanes en el Perú decimonónico apuntan hacia problemáticas que, puestas en perspectiva, tienen cierta relevancia para el campo de la historia de la arqueología, tanto en el Perú como en otras partes. Esta respuesta a las «Observaciones» me brinda la oportunidad de corregir algunos malentendidos y de puntualizar mi posición y argumento, para entrar en un debate historiográfico de interés más amplio.

Kaulicke centra sus reflexiones sobre mi trabajo en dos puntos. En primer lugar, la manera como situó a Max Uhle en un contexto político la interpreta como una intención de menospreciar o ignorar los aportes científicos del investigador alemán a la arqueología peruana. En segundo lugar, al enfatizar la relevancia de los actores criollos en la génesis del interés por los restos materiales del pasado precolombino en el siglo XIX hago referencia al viejo debate sobre el «padre de la arqueología peruana». En este contexto pregunto por qué no le corresponde este título a Mariano Eduardo de Rivero, por ser el autor del primer libro sustancial sobre el pasado precolombino (*Antigüedades peruanas*) y por su rol en la

incorporación de objetos arqueológicos en el Museo Nacional del Perú. Ello lleva a Kaulicke a cuestionar la calidad de los aportes de Rivero.

Me parece que los dos elementos centrales que constituyen las «Observaciones» están intrínsecamente relacionados, ya que en ambos el desacuerdo se fundamenta en puntos de vista historiográficos y conceptos teóricos divergentes. Para comprender y contextualizar estas diferencias, es necesario hacer dos interrogantes. Con relación a la primera crítica de Kaulicke acerca de la conexión entre el discurso académico de Uhle con la realidad política, podemos preguntar si, *a priori*, existe la posibilidad de una ciencia independiente y objetiva. En relación con la segunda —el rol de Rivero y otros intelectuales criollos— hace falta discutir si, cuando analizamos la génesis de una disciplina, buscamos restablecer solo los logros válidos desde el punto de vista del presente o si intentamos entender el origen de la inquietud intelectual en la cual se fundamenta dicha disciplina.

EL PARADIGMA DE LA OBJETIVIDAD EN LA HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA

La preocupación clave de Kaulicke —que subyace a la primera parte y, aunque implícitamente, a casi la totalidad de sus «Observaciones»— es que al trazar una conexión entre el orden político imperial del siglo XIX y la arqueología científica alemana fuera de Europa, se menosprecia la difícil vida privada de Max Uhle y su aporte intelectual a la arqueología peruana.¹ El autor reacciona a lo que percibe como una afrenta, negando rotundamente que los discursos políticos que —como reconoce— manejaron Uhle y otros hayan condicionado su trabajo arqueológico. Sostiene que los arqueólogos alemanes en el Perú fueron capaces de separar su labor académica de sus visiones políticas.²

¹ Kaulicke, Peter. «Observaciones acerca de “¿La mirada imperialista? Los alemanes y la arqueología peruana” de Stefanie Gänger». *Histórica*. XXXII/2 (diciembre 2008), p. 171.

² Cito a Kaulicke: «Probablemente, muchos de [los arqueólogos alemanes] tenían convicciones nacionalistas más o menos evidentes, pero estas no se fusionaron en sus trabajos publicados o los condicionaron» (Ib., p. 179).

Según Kaulicke, mi artículo propone una relación «*causal*» entre la expansión política y económica de Europa y los trabajos arqueológicos llevados a cabo por científicos como Uhle en el Perú.³ Esta lectura no acierta la esencia de mi argumento. Propongo más bien que la arqueología, y cualquier otra ciencia moderna considerada como un privilegio europeo —creada y propagada por habitantes del Viejo Mundo—, sirve para cimentar una visión de Europa que es adecuada a sus aspiraciones de liderazgo político.

Mi trabajo se sitúa en un debate historiográfico que ha ido removiendo las bases epistemológicas de las humanidades desde hace tres décadas. Al parecer, para Kaulicke y otros el término «imperialista» se asocia con un conflicto entre «neointigenistas» e «imperialistas» perpetuado en la arqueología peruana actual.⁴ En mi trabajo, utilizo aquel término pero con un significado totalmente diferente, el cual proviene de la nueva historia crítica de la ciencia. Desde la publicación del libro *Orientalismo* de Edward Said en 1978, que trata sobre el rol de los elementos culturales en la constitución y conservación de las teorías y actitudes del imperialismo occidental,⁵ se ha generado un debate que apunta a deconstruir la relación entre —en palabras de Michel Foucault— «poder» y «saber»,⁶ es decir, la influencia que tienen las relaciones de poder —imperial(ista) o postcolonial, entre otras— en la construcción del conocimiento. Este debate radica en un profundo escepticismo ante la posibilidad de saberes no condicionados por la realidad en la cual se producen. En su libro titulado *Objectivity*, Lorraine Daston y Peter Galison han puntualizado esta idea: ellos no solo señalan que el ideal de la objetividad es el producto de determinadas circunstancias históricas —fue esbozado en la comunidad científica a mediados del siglo XIX—, sino que es una pretensión nunca asequible.⁷ Así pues, dentro de esta línea epistemológica, la objetividad

³ Ib., p. 178.

⁴ Ib., p. 179.

⁵ Said, Edward W. *Orientalism*. London: Routledge & Kegan Paul, 1978.

⁶ Véase por ejemplo Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005.

⁷ Daston, Lorraine y Peter Galison. *Objectivity*. Boston: Zone Books, 2007.

—el ideal de un trabajo no «contaminado» por la subjetividad del autor y las circunstancias en las cuales se produce— se considera una quimera. Sobre la base de esta pérdida de la fe en una ciencia aséptica o independiente, un proceso concertado desde los años setenta, varios trabajos han colaborado en la formación de una historia crítica de la ciencia que contextualiza sus objetos histórica y políticamente. Con respecto a la ciencia europea en países fuera del Viejo Continente, una idea clave en el debate ha sido justamente la relación entre modernidad y progreso que conlleva el paradigma de la ciencia, y la reafirmación de la primacía de Europa como dueña original de este privilegio. Tal como lo ha formulado Marta Penhos respecto de las exploraciones españolas de América en el siglo XVIII,

[e]n la trama que tejen los hilos del *saber* y el *poder*, la ciencia resultaba un medio útil para sostener la primacía de los estados europeos más importantes sobre otras naciones, o el dominio sobre territorios coloniales, y se fue constituyendo en un poderoso instrumento ideológico cuya efectividad se basaba en los presupuestos de su asociación con el progreso y el bien común, y en su aséptica neutralidad.⁸

Diversos estudios han demostrado que la exploración de territorios indígenas en contextos (post)coloniales fueron llevadas a cabo por las elites en el poder, y que ellas, al investigar el territorio, reafirmaron su autoridad sobre este.⁹ Ahora bien, trabajos que proponen una historia crítica de la arqueología en diferentes partes del mundo han ido incorporando nuevas ideas y enriqueciendo las ya existentes. Margarita Díaz-Andreu, autora de una síntesis histórica de la arqueología en el mundo decimonónico, sostiene que dicha disciplina es «un producto histórico-cultural, un conjunto de prácticas socialmente creadas [...]

⁸ Penhos, Marta. *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005, p. 19. Las cursivas son del original.

⁹ Véase, por ejemplo, Qayum, Seemin. «Nationalism, Internal Colonialism and the Spatial Imagination: The Geographic Society of La Paz in turn-of-the-Century Bolivia». En Dunkerley, James (ed.). *Studies in the Formation of the Nation State in Latin America*. London: Institute of Latin American Studies, 2002, pp. 275-298.

que no se puede aislar del marco sociocultural e histórico dentro del cual se ha formado». ¹⁰ Investigadores en todo el mundo han llegado a conclusiones análogas al analizar la relación entre el dominio político y la arqueología británica en Egipto, ¹¹ las exploraciones arqueológicas realizadas por colonos ingleses en Australia ¹² y la arqueología alemana en el Asia Menor. ¹³ Estos trabajos se relacionan estrechamente con una línea de estudio dedicada a comprender cómo procesos afines de formación de identidad condicionan e influyen en la arqueología: la formación de una identidad nacional en el Perú del siglo XX, por ejemplo, ¹⁴ o el regionalismo en la Alemania del siglo XIX. ¹⁵

Mi artículo, ciertamente, no propone una relación causal en el sentido de una colaboración directa de Uhle y otros con una misión oficial de sometimiento político o con proyectos de explotación económica; tampoco se trata de detectar y juzgar una actitud «imperialista» o «nacionalista» con el propósito de señalar culpables. De hecho, los discursos arqueológicos de peruanos, alemanes y otros actores en todo el mundo durante el siglo XIX estuvieron intrínsecamente relacionados con el nacionalismo —en el sentido de construcción de una identidad histórica para la nación—. ¹⁶ Educados bajo cánones afines, partícipes de una comunidad científica transatlántica interconectada, las burguesías peruana y alemana bajo consideración compartieron no solo un discurso académico e ideológico,

¹⁰ Díaz-Andreu, Margarita. *A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism, and the Past*. Oxford: Oxford University Press, 2007, p. 4.

¹¹ Reid, Donald Malcolm. *Whose Pharaohs? Archaeology, Museums and Egyptian National Identity from Napoleon to World War I*. Berkeley: University of California Press, 2002.

¹² Wolfe, Patrick. *Settler Colonialism and the Transformation of Anthropology*. London/New York: Cassell, 1999.

¹³ Marchand, Suzanne. «Orientalism as Kulturpolitik: German Archaeology and Cultural Imperialism in Asia Minor». En Stocking, George W. (ed). *Volksgeist as Method and Ethic: Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition*. Madison: University of Wisconsin Press, 1996, pp. 298-336.

¹⁴ Tantaleán, Henry. «Las miradas andinas: arqueologías y nacionalismos en el Perú del siglo XX». *Arqueología Suramericana*. 4/1 (2008), pp. 34-52.

¹⁵ Penny, Glenn H. *Objects of Culture: Ethnology and Ethnographic Museums in Imperial Germany*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002.

¹⁶ Véase Díaz-Andreu, *A World History*.

sino también una historia intelectual. El nacionalismo fue un elemento fundamental en la construcción de la arqueología decimonónica, tal como el imperialismo, formal e informal.¹⁷

Lo que me interesa en este último contexto es entender los mecanismos culturales por medio de los cuales se consolida la visión de que algunas partes del mundo son más «avanzadas» o «modernas» que otras, y comprender sus consecuencias políticas y económicas. Tal como sostengo en el artículo, y como lo han demostrado otros investigadores,¹⁸ la arqueología decimonónica ejercida por alemanes en países fuera de Europa fue una de las prácticas culturales claves para cimentar la visión de Alemania como una nación civilizada, culta, progresista, tanto que de ella pudieron beneficiarse otras naciones menos favorecidas. Este discurso se percibe no solo en las fuentes que cito de Uhle, Reiss, Stübel y otros: así, el paradigma de llevar el progreso, la modernidad y la ciencia a lugares menos avanzados constituye también el fundamento ideológico de todo discurso que justificó el colonialismo europeo durante el siglo XIX.¹⁹

En la única ocasión que Kaulicke se refiere explícita y críticamente a mi uso de material documental, su desacuerdo se basa en una lectura equivocada de mi texto y, por lo tanto, en un malentendido fácil de disipar. El autor critica mi supuesta afirmación de que el desprecio de Uhle por los cronistas de los siglos XVI y XVII reflejaba una actitud imperialista o nacionalista.²⁰ Ese, por supuesto, no es mi argumento. El artículo dice más bien que la utilización del método estratigráfico le permitía al arqueólogo alemán cuestionar las aseveraciones de los cronistas e inaugurar una fase de lectura crítica de estos autores. En mi artículo sostengo que ello le daba a Uhle una ventaja comparativa sobre los anticuarios y arqueólogos

¹⁷ Este párrafo reúne ideas desarrolladas anteriormente en Gänger, Stefanie. «¿La mirada imperialista? Los alemanes y la arqueología peruana». *Histórica*. XXX/2 (diciembre 2006), p. 88.

¹⁸ Véanse los trabajos que aparecen en las notas 9 y 15 y también Marchand, Suzanne. *Down from Olympus: Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970*. Princeton: Princeton University Press, 1996.

¹⁹ Este párrafo retoma parte del argumento de «¿La mirada imperialista?», pp. 76-81.

²⁰ Kaulicke, «Observaciones», p. 172.

peruanos que seguían en gran parte basándose en los cronistas, es decir, que la visión del investigador alemán de su propio método de estudio como privilegiado se dirigía en contra de sus contemporáneos peruanos y no de los cronistas del periodo colonial.²¹

Mi objetivo no consistía en escribir las historias personales de los arqueólogos involucrados ni en rastrear sus contribuciones científicas al desarrollo de la disciplina. Otros historiadores y arqueólogos —Kaulicke incluido— se han dedicado extensa y prolíficamente a estas indagaciones.²² Tomo como punto de partida la imposibilidad de una actividad científica «objetiva», no condicionada por el presente. La historia de la ciencia —y dentro de ella, la historia de la arqueología— debe situar el trabajo científico y a su autor en un contexto histórico, político y cultural.

²¹ El artículo dice literalmente: «El hecho de que [los arqueólogos alemanes] excavaran para acceder al pasado, en vez de interpretar fuentes escritas, era para ellos prueba de la superioridad de su propio trabajo frente a estudios anteriores. Reiss y Stübel justificaban la necesidad de su presencia en el Perú en el hecho de que en trabajos anteriores “ni una ruina ni un cementerio se excavaron con fines científicos”. [...] Uhle estaba similarmente convencido de la importancia de las excavaciones y de la superioridad del método estratigráfico. Nada podía comprobarse sobre el pasado precolombino a partir de la lectura exclusiva de las crónicas. Por ejemplo, cuando Uhle hizo excavaciones en el templo de Pachacámac, encontró pruebas que contradijeron los textos de los cronistas: los incas practicaron —contrario a lo que sostuvo Garcilaso de la Vega, entre otros— sacrificios humanos. Después de enumerar las pruebas descubiertas en las excavaciones, concluyó que “esta opinión [la de Garcilaso] no resiste una investigación detenida”. De este modo, mediante una técnica considerada moderna y científica, Uhle había logrado comprobar un hecho contrario a las afirmaciones contenidas en las crónicas. Había, por lo tanto, inaugurado una fase de lectura crítica de estos textos» (Gängner, «¿La mirada imperialista?», pp. 76-77).

²² John Howland Rowe escribió un primer estudio fundacional sobre Max Uhle en 1954: «Max Uhle, 1856-1944. A Memoir of the Father of Peruvian Archaeology». *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*. 46/1 (1954), pp. 1-134. Trabajos recientes sobre Uhle en particular y su lugar en la historia de la arqueología en Sudamérica son, por ejemplo, Kaulicke, Peter (ed.). *Max Uhle y el Perú antiguo*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998; y Loza, Carmen Beatriz. *Itinerarios de Max Uhle en el Altiplano boliviano. Sus libretas de expedición e historia cultural (1893-1896)*. Berlin: Gebr. Mann, 2004. Sobre Reiss y Stübel véase Brockmann, Andreas y Michaela Stüttgen. *Tras las huellas. Dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Bogotá: Banco de la República, 1994.

Bajo esta premisa, no veo una contradicción entre el rescate de «los logros duraderos de peruanos y extranjeros» que Kaulicke pide con razón²³ y una contextualización histórica de estos arqueólogos y sus trabajos. Al contrario, considero mi investigación como un aporte complementario a los estudios anteriores sobre la arqueología alemana en el Perú.

LOGROS E IDEAS EN LA GÉNESIS DE LA ARQUEOLOGÍA PERUANA

La segunda parte de las «Observaciones» discute unos breves comentarios al final de mi artículo acerca de por qué no se llama a Mariano Eduardo de Rivero el «padre de la arqueología peruana».²⁴ Oponiéndose a la aseveración de Sara Castro-Klarén que cito en mi trabajo, la cual atribuye la autoría principal del libro *Antigüedades peruanas* a Rivero,²⁵ Kaulicke centra la segunda parte de su texto en abogar por el aporte de Johann Jakob von Tschudi a la mencionada obra. Aunque me parece perfectamente legítimo argüir que el libro se base en una coautoría —solo su alcance es discutible—, es problemático que Kaulicke conecte su argumento a favor del aporte decisivo de Tschudi con una descalificación de la labor arqueológica de Rivero: así, critica a este por sus referencias a teorías y «trabajos de dudoso valor» de la época.²⁶

Nuevamente, puesto en perspectiva, el debate por la «paternidad» y la crítica a Rivero echan luz sobre un desacuerdo que va más allá de la arqueología practicada por estudiosos de lengua alemana en el Perú. La cuestión es la siguiente: ¿debe la historia de la arqueología juzgar la validez de las labores arqueológicas o anticuarias decimonónicas? ¿Solo merecen un lugar en la historia de la disciplina los actores que aportaron resultados técnicamente válidos desde el punto de vista del presente?

²³ Kaulicke, «Observaciones», p. 179.

²⁴ *Ib.*, p. 175.

²⁵ Castro-Klarén, Sara. «The Nation in Ruins: Archaeology and the Rise of the Nation». En Castro-Klarén, Sara y John Charles Chasteen (eds.). *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Washington: Woodrow Wilson Center Press, 2003, p. 188, cit. en Gänger, «¿La mirada imperialista?», p. 86.

²⁶ Kaulicke, «Observaciones», pp. 176-177.

Conocemos bastante a fondo las contribuciones de los investigadores claves de la primera fase de institucionalización de la disciplina, como Julio C. Tello²⁷ y Max Uhle, pero el interés por la posesión y la comprensión de los restos materiales del pasado se percibe desde mucho antes de dicha institucionalización. Sin embargo, las colecciones privadas de antigüedades y el significado de las observaciones arqueológicas en las «relaciones geográficas» de exploración del territorio nacional, recurrentes a lo largo de todo el siglo XIX, son campos que carecen de mayores estudios.²⁸ Lima y algunas capitales de provincias —Cuzco, Trujillo y Puno, entre otras— albergaron círculos de anticuarios,²⁹ exposiciones en las sedes municipales³⁰ y coleccionistas privados. Según algunos viajeros, prácticamente cada miembro de la elite cuzqueña tenía por lo menos un par de antigüedades que exhibir en su casona.³¹ Se sabe de la existencia de importantes colecciones, como las de Ana María Centeno en el Cuzco,³²

²⁷ Véanse, por ejemplo, los estudios incluidos en Daggett, Richard E. (ed.). *Julio C. Tello. Paracas. Primera Parte*. Lima: Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2005.

²⁸ Una contribución valiosa al rol de la arqueología en la exploraciones decimonónicas es el conjunto de referencias que hace Luis Felipe Villacorta a este aspecto en sus trabajos sobre Antonio Raimondi (Villacorta Ostolaza, Luis Felipe (ed.). *La sierra y selva central: Morococha, Cerro de Pasco y Chanchamayo*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2006). La tesis de doctorado sobre coleccionismo y arqueología en el Perú y Chile durante el siglo XIX que estoy actualmente redactando será un primer paso para una mejor comprensión de esta época.

²⁹ Véase, por ejemplo, la sociedad *Amigos del Cuzco*, fundada apenas consolidada la independencia del Perú («Variedades». *El Sol del Cuzco*, 11 de mayo de 1825).

³⁰ Sobre una exposición en la municipalidad del Cuzco, incentivada por el prefecto Miguel Medina, véase Pardo, Luis A. «Primer Centenario del Museo Arqueológico de la Universidad del Cuzco». *Revista del Instituto y Museo Arqueológico de la Universidad Nacional del Cuzco*. 12 (1948), p. 122.

³¹ El viajero francés Francis Castelnau nos ha legado descripciones de los objetos que observó en las casas de varias familias (*Expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud, de Rio de Janeiro a Lima, et de Lima au Para*. Paris: B. Bertrand, 1851, t. IV, p. 244).

³² Véanse el *Catálogo del museo de la señora Centeno*. Lima: Imprenta de la Merced, 1876; y Montes, Emilio. *Catálogo del museo de antigüedades peruanas e inkaikas de la propiedad del Dr. D. Emilio Montes y de Aldasábal Vásquez de Velasco*. Cuzco: Imprenta Manuel F. Minauro, 1892.

José Mariano Macedo en Lima³³ o los numerosos objetos comprados de otros coleccionistas por Víctor Larco Herrera a lo largo de todo el país (por ejemplo, en Trujillo, Ica y Pisco).³⁴ La correspondencia e informes de viaje de ingenieros, «exploradores» o geógrafos —como Mariano Eduardo de Rivero, Antonio Raimondi³⁵ y, a fines del siglo XIX, los miembros de la Sociedad Geográfica de Lima—³⁶ ofrecen numerosas referencias sobre el pasado precolombino, en concreto a restos de estructuras monumentales y a objetos excavados o encontrados en el camino. Rivero, para poner un ejemplo, realizó a partir de la década de 1820 exploraciones arqueológicas en diferentes partes del país, por donde viajó en su función de gobernador o ingeniero de minas. Incluso estableció la colección del Museo Nacional, del cual fue director, sobre la base de los objetos encontrados en sus propias expediciones.³⁷ Rivero fue uno entre muchos que definieron los restos materiales del pasado precolombino como un objeto de estudio antes de que se fundara oficialmente la disciplina de la arqueología.

Con mi referencia marginal al debate en torno al padre de la arqueología peruana no tuve la intención de incentivarlo ni de participar en el mismo, pues no me parece particularmente fructífero. A mi modo de ver, la búsqueda de un personaje fundador o una «paternidad» en las

³³ La colección de José Mariano Macedo, de aproximadamente tres mil artefactos, se vendió en 1881 al Museo Etnográfico de Berlín. Véase Macedo, José Mariano. *Catalogue d'objets archéologiques du Pérou de l'ancien empire des Incas*. Paris: Imprimerie Hispano-Américaine, 1881.

³⁴ Pueden encontrarse descripciones de la colección de Larco Herrera en Tello, Julio C. y Toribio Mejía Xesspe. «Historia de los museos nacionales del Perú». *Arqueológicas. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Antropológicas*. X (1967), pp. 119-128. Roger Ravines también menciona a los coleccionistas que le vendieron objetos a Larco Herrera (*Los museos del Perú. Breve historia y guía*. Lima: Dirección General de Museos, Instituto Nacional de Cultura, 1989).

³⁵ Para una síntesis de los sitios arqueológicos registrados por Antonio Raimondi, véase Cárdenas Martín, Mercedes. «El Perú prehispánico visto por Raimondi». *Boletín del Instituto Riva-Agüero*. 20 (1993), pp. 129-183.

³⁶ Para el rol de las observaciones arqueológicas en las publicaciones de la Sociedad Geográfica, véase Werthemann, Arturo. «Ruinas de la fortaleza de Cuélap». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*. 2/4-6 (1892), pp. 147-153.

³⁷ Tello y Mejía Xesspe, «Historia de los museos nacionales del Perú».

disciplinas académicas es justamente un discurso que la historia crítica de la arqueología ha de deconstruir: la paternidad invoca una visión teleológica de la disciplina, niega la diversidad de sus raíces y centra el debate en unas pocas figuras. Con la yuxtaposición de Rivero en lugar de Uhle en mi artículo más bien apuntaba a provocar una lectura diferente de la historia de la disciplina en el Perú: justamente, en vez de asociar los orígenes de la arqueología con su institucionalización a nivel del estado y el uso de ciertos métodos «científicos» en el temprano siglo XX, deberíamos hacerlo con el momento en que vemos expresiones de un *interés* por el pasado precolombino.³⁸ Sobra decir que con la inclusión de los criollos decimonónicos al análisis no abogo por una posición «(neo)indigenista», sino —precisamente porque las oposiciones maniqueas son poco productivas— por una postura inclusiva que tome en cuenta más ideas, figuras y épocas. Mi aspiración es rescatar no solo los «logros duraderos», o sea los trabajos que consideramos «vigentes» de acuerdo con nuestra perspectiva actual, sino también a actores como Rivero, anticuarios de provincias, coleccionistas y viajeros peruanos que, aunque el transcurso de los años iba a demostrar sus errores, acumularon y buscaron entender los restos materiales del pasado precolombino. Si lo que pretendemos entender es la génesis de una inquietud intelectual y la construcción de un objeto de estudio, lo que debemos analizar no es si aquellos personajes se equivocaron, sino qué pensaron, qué se preguntaron y qué hicieron.

CONCLUSIONES

Redacté el artículo «¿La mirada imperialista?» hace unos años, sobre la base de un capítulo de mi tesis de maestría. Ahora, con un poco más de experiencia, pondría mi argumento en palabras menos provocadoras. Las humanidades son un campo en el cual rara vez hay una opinión cierta y otra equivocada, y en el caso que debatimos tampoco las hay. No dudo de las bondades de una historia de la disciplina de carácter

³⁸ Este párrafo también reformula afirmaciones aparecidas en «¿La mirada imperialista?», p. 86.

factual, la cual rescate las contribuciones que se hicieron en el pasado de acuerdo con lo que nos interesa saber hoy en día; pero tampoco dudo de la necesidad de contextualizar y cuestionar a los protagonistas de esta historia, ni de hacer temblar los cimientos en los cuales se han colocado. Soy partidaria de un profundo escepticismo ante la posibilidad de una ciencia independiente y objetiva. Creo también que cuando analizamos la génesis de la arqueología en el Perú, hace falta escribir su historia de la forma más inclusiva y completa posible: el criterio no debe ser solo la validez o la importancia de las investigaciones en el pasado desde el punto de vista del presente, sino también la mera existencia de una inquietud que movió a la gente a estudiar el pasado, a coleccionar y a describir sus restos materiales. Solo entendiendo esta inquietud podremos explicar la razón de la existencia de la disciplina que estudiamos y la razón de su singular importancia en el Perú y en Alemania.
